

LA IDEEA

SEMANARIO REPUBLICANO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Dirección y Administración:

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.

Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

Precios de subscripción.

En Toledo, un trimestre 0,75 peseta.
Provincias, id. 1,00 »
Número suelto 0,05 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.
Pago adelantado.

ACADEMIA PREPARATORIA

SANTA ISABEL, 5, TOLEDO

SECCIÓN TÉCNICO-INDUSTRIAL Y ARTÍSTICA

Preparación completa teórico-práctica hasta obtener los títulos de Peritos mecánico-electricistas, Aparejadores (Maestros de obras) y Peritos artistas, con sujeción estricta al método y programas de la Escuela Central de Artes y Oficios.

PROFESORES

D. Franco Álvarez Arenas, Teniente Coronel de Infantería, ex Profesor de la Academia de Infantería y de la General Militar.

D. Nemesio Labandera, Director técnico de «La Electricista Toledana».

D. José García Moreno, Comandante de Infantería.

D. Ventura Reyes Prósper, Doctor en Ciencias.

D. Ramón Serveri, Capitán de Infantería.

D. José Vera y González, Artista Pintor.

Comienza el Curso el 1.º de Noviembre.

Preparación para todas las carreras militares, por un Profesorado de reconocida competencia.

Dirigirse al Director de la Academia D. José Vera y González, Santa Isabel, 5, Toledo, quien facilitará cuantos datos se deseen conocer.

Se admiten alumnos internos.

Carta abierta.

Al Sr. Alcalde D. Lucio Duque.

Muy señor nuestro y distinguido amigo: Todos los periódicos locales en distintas ocasiones, en su información de la capital, han llamado la atención de su Autoridad sobre la conducta que observan los niños y algunos zagalones en la vía pública, con escándalo de las personas cultas y la manifiesta tranquilidad de los vigilantes del Municipio, cuya constante imperturbabilidad nos recuerda al protagonista de una aplaudida zarzuelita: «A quien nada conmovía por terrible que fuera.»

Visto que el remedio á nuestras denuncias, hasta hoy, no se deja sentir, sin duda porque V. S., agobiado por sus múltiples obligaciones, no dispone de tiempo para leer la Prensa; nos decidimos á molestarle más directamente, en la seguridad de que por esta vez serán atendidas nuestras quejas, que son las del vecindario.

Raya en lo escandaloso, en lo inaudito, en lo inconcebible, cuanto viene ocurriendo con esos grupos de granujillas y niños mal educados que á ellos se unen, que á todas horas del día y primeras de la noche transcurren por nuestras calles, blasfemando como carreteros, persiguiendo é injuriando á las mujeres, á los ancianos y á los extranjeros, sin que por nadie se ponga coto á semejantes excesos.

Aparte el asco y repugnancia que se siente ante hechos tan indecorosos y poco cultos, impropios en una capital como Toledo, hay razones de mayor importancia que obligan dé una providencia pronta, de efectos inmediatos, que se deje sentir con mano fuerte, sin escrúpulos ni consideraciones á nadie, desde el más grande al más pequeño. No es este asunto baladí, Sr. Alcalde; por el contrario, es de suma importancia é interés para la vida y porvenir de la ciudad, tan necesitada de elementos que la ayuden á su bienestar.

No es para ignorado, que uno de los veneros de riqueza, tal vez el más importante para Toledo, es la afluencia diaria de forasteros y extranjeros, que deseosos de conocer los tesoros que guarda nuestra ciudad, como recuerdos de su pasada grandeza y esplendor, nos honran con su visita, en la seguridad de que podrán pasear nuestras calles y admirar las bellezas que á su paso encuentran, así en monumentos como en artes, con el reposo necesario y la convicción natural del que viene á una población que por su universal nombradía y por su historia ha de hacer gala de cultura, de hospitalidad y respetos á las cosas y las personas. ¿Y cuál no será su asombro, cuando al pisar nuestro suelo, desde el momento en que descienden del carruaje, se ven asaltados por una turba de impertinentes y soeces golfos y ordinarios monigotes, que sin pizca de vergüenza, sin el menor asomo de respeto, los persiguen sin permitirles tomar notas, sacar fotografías, fijar los caballetes de pintura, ya pidiéndoles, ya burlándose, ya apostrofándolos, ya apedreándolos, que hasta este extremo se ha llegado, aunque cause rubor el confesarlo?

¿A dónde iremos á parar si continuamos por este camino? Seguramente á un completo aislamiento, pues tanto nuestros compatriotas como los extranjeros dejarán poco á poco de visitarnos, temerosos de verse escarnecidos y maltratados é inseguros sus personas, y de mil modos nos vituperarán, con justicia, llamándonos hasta salvajes, consignándolo después los extranjeros en sus guías, en las que poco más ó menos se leerá: *Toledo, segunda Roma por su historia, por sus monumentos y artes. Debe renunciarse á su visita por la poca hospitalidad y el ningún respeto que sus habitantes dispensan á los viajeros.*

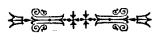
Los perjuicios que pueden sobrevenir son grandes, tanto para las industrias, como para el comercio, como para la honra y buen nombre de Toledo; las pérdidas en nuestros intereses pueden ser importantes cuando tan necesitados estamos de ingresos que den vida á la capital y la levanten del marasmo que la aniquila.

Ánimo, Sr. Alcalde, que aún es tiempo y mañana puede ser tarde; proceda V. S. sin contemplaciones y que el mal que lamentamos desaparezca de raíz en el menor tiempo posible, porque así conviene á nuestros intereses generales.

Seguros de que V. S. providenciará en justicia, y suplicándole llame la atención del Sr. Gobernador, para que los individuos del Cuerpo de Orden público se esmeren en el cumplimiento de su deber, muy importante para cortar los excesos que denunciarnos, aprovechan gustosos esta ocasión para reiterarle el afecto de su más distinguida consideración personal, sus afectísimos amigos seguros servidores

q. b. s. m.

LOS REDACTORES.



EL MONACATO

Es, sin duda alguna, el único vestigio que resta de los antiguos pueblos del Oriente, llenos de calenturienta imaginación, que se embelesa y se anonada ante la idea de absorberse en el pensamiento de Dios, y se deslumbra contemplando la exuberante vegetación de aquellos países bañados por un sol que todo lo esmalta con brillantísimos colores.

Allí, donde la idea fija y constante de la creencia de Dios existe; allí, donde se mira á la tierra, á pesar de

todos sus encantos, como lo perecedero y lo accidental, allí aparece el Monacato.

Es su cuna la India, las orillas del Ganges su regazo, su primitivo nombre el Brahmanismo. Cuando tiene fuerzas propias para extenderse por el mundo, todo lo invade, todo lo puebla, y al posarse sobre las religiones de los antiguos pueblos, cambia de forma, no de espíritu. Si es en Persia, se denomina Magismo; si en Egipto, Sacerdocio; si sucede al Brahmanismo, se apellida Budhismo; si se asienta en la Judea, los nazarenos, rechabitas y mil y mil sectas, son su descendencia; mas siempre predomina el mismo y único pensamiento: Dios.

Grecia, el pueblo del arte, el museo de la antigua civilización, le mira á través de su refinamiento y le da entrada en los templos, Roma la positivista, la que todo lo contempla y lo examina con los ojos de la razón, le cede el paso é instituye los colegios sacerdotales.

El Cristianismo, tomando del Oriente todo lo fundamental de su religión, echa de menos en sus primeros siglos el Ascetismo y el Anacoretismo, base después del Monacato, y resonando en la Iglesia la voz de Tertuliano, que se lamenta del espíritu mundanal de su época, surgen como por encanto de la religión cristiana esos estados que vienen á completar, de una manera definitiva, las doctrinas de Jesucristo. Herederos del Brahmanismo y engendrados de idéntica manera, toman parte activa en los destinos del Occidente y substituyen las esplendorosas fiestas del gentilismo por la soledad y el retiro del hombre en los lugares más apartados del bullicio del mundo.

El terreno para que pudiera desarrollarse el Monacato estaba admirablemente preparado. La oposición entre la carne y el espíritu, la ley de los miembros en contraposición de la de Dios y algunas palabras atribuidas á Jesucristo, fueron causa de que se creyera que el Ascetismo debía ser la aspiración del cristiano que, ensalzando el celibato como estado de perfección en el hombre que renuncia al casamiento por amor á Dios, se dignifica ante él y se eleva del resto de los mortales.

Las persecuciones de los cristianos fueron causa para que el Anacoretismo tomase un gran desarrollo; multitud de fieles huían de las ciudades y se retiraban á los lugares desiertos, fundando Ermitas y dedicándose á la vida contemplativa.

Este estado de cosas condujo, como era natural, al Monacato.

Un santo concibe la idea de reunir á sus discípulos en una misma casa y someterles á una regla común; funda un convento en una isla del Nilo, y aquel monasterio alberga en poquísimo tiempo á tres mil religiosos. El Oriente, siempre atento á su origen, acoge con gran regocijo este género de vida, y contando con apologistas tan notables como Hilarión y Basilio, pregonan las excelencias del nuevo estado monacal.

A mediados del siglo IV el Occidente comienza á llenarse de conventos. Crecen como la espuma y llega el momento que en Europa la mitad de sus habitantes son monjes.

Para ganar definitivamente su causa, San Benito de Nursia dió al monasterio que había fundado un código, que fué la base de las nuevas órdenes religiosas, siendo adoptado por muchísimos conventos de Europa y formando, por decirlo así, las constituciones de la primer orden monástica de la cristiandad.

La Edad Media define perfectamente el estado de aquella sociedad que, siempre postrada á los pies del fraile, revestía todos sus actos de un espíritu verdaderamente timorato, y sus conciencias, siguiendo el camino que conduce hacia el cielo, se olvidan de la tierra, fecunda madre, y el obscurantismo se cierne sobre la edad de las creencias.

Dueños los monjes de la cultura antigua, la estancia en los conventos; la ciencia no adelanta y la hermosa obra del progreso se retrasa, para que siglos después se necesiten esfuerzos hercúleos que la arranquen de un marasmo y difundan sus enseñanzas por todos los pueblos.

La ociosidad, la lascivia y el desenfrenado amor á las riquezas fueron causa de que las órdenes mendicantes protestasen contra los antiguos monasterios. El cisma entre ellos se repite con muchísima frecuencia,